

Edipo

La vigencia de un concepto

La expansión de su sentido y sus implicancias interteóricas

Horacio Rotemberg

Un concepto teórico psicoanalítico como el del Complejo de Edipo mantiene su vigencia en la medida en que esté activo en la mente de los analistas que ejercen su práctica clínica. De ser así ese concepto tendrá algún nivel de realización simbólica en aquellos diálogos que interpelen, en el ejercicio de la labor analítica, al Inconsciente Tópico del analizando. El Topos Inconsciente, el surgido de la Represión Primaria, el Primariamente Reprimido es, desde mi lectura de los textos freudianos y post freudianos el que, simultáneamente, alberga y alienta la realización del campo de deseos inconscientes y el que sostiene las bases constitutivas de un narcisismo organizador de la identidad del sujeto. Es decir, es el fundamento de la dinámica subjetiva inconsciente.

¿Cómo se articula este concepto, el del Topos Inconsciente, con la conceptualización edípica?

El Edipo es un organizador del Topos Inconsciente. Es un concepto que opera a modo de una función que transforma la dinámica mental. Interviene en la epigénesis de la estructura psíquica provocando cambios de sentido en el código emocional prevalente. Opera habilitando en su despliegue una nueva faceta del mecanismo de Represión Primaria instaurando un código que regula más eficazmente la dinámica inconsciente.

Freud ubica este acontecimiento en un determinado tiempo del desarrollo subjetivo. Para ejemplificar su aparición y sus efectos recurre a un mito. El mito edípico escenifica un drama que alcanza al sujeto cuando éste arriba a una determinada encrucijada existencial. La tragedia de referencia no siempre es tal ya que, en ocasiones, su realización también incluye pasos de comedia. No obstante, al llegar a esa encrucijada existencial, el sujeto enfrenta dilemas y conflictos que pueden generar movimientos emocionales intensos que se

disparan y hacen crisis dentro de las relaciones habituales hasta ese momento mantenidas con los otros.

La afección edípica reactualiza en el sujeto el mito de sus orígenes y pone en cuestión el carácter del reinado infantil hasta ese momento vigente. Reposiciona al sujeto enfrentándolo con su posicionamiento previo, con su identidad previa. La pregnancia de los acontecimientos acaecidos en la etapa anterior al Edipo condicionará los resultados de la resolución edípica.

El avatar de la psicosexualidad en su conjunto es el tiempo donde se juega esta partida ya que el origen de la historia psicosexual subjetiva comienza antes del Edipo.

En la arena pre edípica el juego pulsional con los objetos primarios tiene un derrotero que atraviesa distintas zonas erógenas dando lugar a diferentes etapas libidinales y a sus diversas expresiones desiderativas. Además, el Yo en su mismidad, en la etapa pre edípica, se consolida paulatinamente al ir atravesando una serie de estadios narcisistas. Este discurrir pre edípico cuenta con distintos ordenadores: los diversos principios de funcionamiento mental en la intersección placer-realidad, diversas lógicas de funcionamiento que van delimitando diversos espacios psíquicos, diversidad de juicios que operan categorizando la realidad, ordenándola de diversas maneras. En el mito del Edipo confluye toda esta diversidad; en este mito se dirime una dialéctica entre los acontecimientos prevalentes en la era previa, su codificación organizativa y los nuevos acontecimientos surgidos al atravesarse esa encrucijada. La salida de una encrucijada siempre ofrece más de una alternativa. Es un momento de definiciones y su resultado dependerá del código ordenador que alcance supremacía. El del Edipo es un tiempo tormentoso que bordea el caos en la intersección de múltiples factores que buscan algún orden posible.

Lo dicho me permite incluir en mi texto ese término, atractor, al que se refiere Carli Moguillansky en el suyo. Yo lo uso como una conjunción meta teórica decodificadora de la complejidad psíquica. Carli señala que el atractor funciona con operatorias diferenciales en las distintas disciplinas teóricas que abordan la problemática de la subjetividad y que es necesario conocer y respetar sus diferencias. A mí este término me es útil para indicar que, en la formulación psicoanalítica, es un instrumento (el atractor) que se modifica en función del desarrollo epigenético subjetivo en la medida que éste acontece. Este desarrollo es propio de un sistema dinámico tumultuoso con cierta tendencia al

caos. El atractor, término surgido de la física atmosférica, se transforma en un modelo posible para entender y eventualmente predecir comportamientos complejos. En física el matemático Edward Lorenz modeló con el atractor un sistema dinámico determinista no lineal ecuacional para estudiar la atmósfera. En psicoanálisis el sentido que yo le adscribo surge de la conjunción integrada de más de un concepto psicoanalítico que abarca, en un determinado momento, la complejidad de la dinámica inconsciente y su oscilación entre integración y caos. (El PS-D bioniano). Estas oscilaciones temporales requieren de un atractor que varíe en la intersección de sus factores constitutivos para poder dar cuenta de los cambios estructurales en curso. El atractor sería entonces una conjunción meta teórica fluctuante que adquiere consistencia en función de un hecho seleccionado clínico que la cohesiona y la vuelve operativa en la labor interpretativa.

Volvamos al desarrollo epigenético de la subjetividad, a las tensiones entre el campo pre edípico y el edípico y a la función del atractor.

En este desarrollo epigenético lo pre edípico configura una primera dimensión psicosexual con la inscripción en la estructura de las vivencias de satisfacción y de dolor. Sus consecuencias dinámicas son la instauración del régimen del deseo y la operatoria de la defensa primaria, ambos regidos por el principio del placer displacer. El atractor que opera sobre este tiempo surge de la correlación de los factores enumerados. El principio de placer-displacer regula movimientos oscilantes en un espacio anárquico, en un tiempo analógico, que la compulsión de repetición mantendrá vigente a pesar de las transformaciones posibles tendientes a la estabilidad. El régimen del deseo promueve esa corriente psicosexual que se nutre de lo oral, de lo anal y de lo fálico en tanto la represión primaria orgánica, los diques, limita su expansión y los confina tópicamente.

La segunda corriente psicosexual que se expresa en la arena pre edípica y coexiste inicialmente con la recién descrita tiene como punto de partida el estadio del narcisismo originario. Este término Freud lo acuña en "Las nuevas conferencias..." de 1933. En este primer estadio del narcisismo las cargas libidinales invisten a un Yo no organizado y, por ende, variable en la estabilidad de sus catexias. Este Yo incipiente es un yo auto erótico que se unifica parcialmente a través de los movimientos desiderativos que, en su realización, generan transitorias sensaciones de plenitud omnipotente. Este narcisismo originario atraviesa transformaciones que tienden a estabilizarlo. El Yo no

organizado originario, a partir de un nuevo acto psíquico, se unifica y obtiene una identidad básica de referencia. Este nuevo acto psíquico, en la teorización freudiana, surge del mecanismo de la identificación primaria.

La cohesión del sistema narcisista se realiza a partir del reconocimiento del sí mismo en lo idéntico. En esta dinámica es donde opera un nuevo factor conceptual que es el de la identificación. El atractor que incluye a la identificación entre sus factores adquiere una nueva dimensión meta teórica. La identificación tiene más de una forma operatoria: primaria, secundaria, proyectiva., todas con efecto estabilizante del orden emocional. La Identificación Primaria, definida como un enlace afectivo previo a toda relación de objeto (de ahí la adjetivación de primaria), provee una imagen unificada de sí. El mito de Narciso y su fascinación por la propia imagen reflejada en las aguas del lago ilustra esa dimensión conceptual freudiana. Este Yo unificado necesita convalidar y reivindicar su logro y neutralizar el peligro de fragmentación posible a posteriori de su integración. Este Yo unificado, además de amarse a sí mismo, comienza a establecer relaciones con objetos a los que comienza a percibir en su totalidad. A partir de allí puede modelar su identidad básica con rasgos tomados de esos objetos y que hace propios en función del mecanismo de la Identificación Secundaria. Este tipo de identificación requiere de un enlace afectivo previo con los objetos.

Klein, en su obra, no trabaja el concepto de narcisismo. No obstante el factor identificación amplia sus sentidos en la teorización kleiniana. En su teoría sobre la identificación proyectiva esta autora imagina una dinámica identificatoria invertida por la cual el Yo expulsa lo disruptivo en busca de reasegurar la estabilidad emocional, identificando lo malo en el afuera. El Yo se integra en torno a lo bueno y expulsa lo malo al exterior en un movimiento proyectivo-introyectivo propio de la posición esquizo-paranide.

Todos estos acontecimientos identitarios, desde una óptica freudiana, son pre edípicos y serán resignificados simbólicamente por la función ordenadora del Edipo dando lugar a un nuevo estadio narcisista, el narcisismo secundario post edípico.

El complejo de Edípo, en el momento de su resolución, genera nuevas identificaciones secundarias que remodelan las pre edípicas. La nueva impronta identificatoria opera sobre los vínculos pasionales con los objetos primarios generando una base afectiva sublimada que impregna, de ahí en

más, las relaciones intersubjetivas. Las realizaciones de deseos pre edípicas, si la resolución es eficaz, se incorporan transformadas a las nuevas disposiciones. Estas nuevas identificaciones también instalan una tendencia a la identidad de género la que se consolidará como fuente potencial de auto afirmación y de futuras búsquedas eróticas luego de atravesarse el segundo tiempo, puberal, del Edipo. Ciertas identificaciones secundarias propias de la resolución edípica incorporan la instancia del Super Yo/Ideal del Yo en la dinámica psíquica. Esta instancia reordena el funcionamiento psíquico al incluir pautas normativas facilitadoras del intercambios simbólicos. Este nuevo factor opera realineando al atractor. El Ideal del Yo/ Super Yo regula desde un sesgo moral las distintas éticas que ese Yo, reposicionado frente a su Ideal, es capaz de desarrollar. El sentimiento de sí y la autoestima, referentes narcisistas insoslayables de cualquier construcción subjetiva alcanzada, estarán atravesadas por un código simbólico que le es propio. El tenor de esos sentimientos regulatorios de la conciencia de sí indica los logros y fracasos propios de la resolución edípica lograda.

Como decíamos los registros desiderativos y traumáticos preedípicos y los procesos identitarios de ese período son resignificados y reubicados simbólicamente por la elaboración edípica. Esta elaboración opera sobre lo previamente fijado tópicamente e instala una temporalidad retroactiva que reordena y delimita pasado y presente construyendo nuevas perspectivas futuras.

Las fallas constitutivas que la elaboración edípica no pudo subsanar generan estructuras en las que las lógicas imperantes, la temporalidad existencial y los códigos relacionales muestran una idiosincrasia existencial difícil de decodificar. Para lograrlo es necesario utilizar atractores con una conjunción particular que den cuenta del resultado existencial alcanzado.

Las falencias estructurales resultan de trastornos en los mecanismos estructurantes. Los distintos mecanismos estructurantes siempre operan en conjunción: es la apropiada conjunción entre la Represión Primaria en sus distintas formas con el mecanismo de la Desmentida y del Repudio lo que permite una estructuración psíquica con mayor grado de estabilidad, Los mecanismos subsidiarios de proyección en sus diversas variables coadyuvan a ese logro.

Los mecanismos estructurantes comienzan a operar en la etapa pre edípica. La adquisición de una identidad básica inicial es un ejemplo de ello, Este acontecimiento inaugura la dialéctica existencial propia del narcisismo primario.

Quien, después de Freud, ha teorizado esta función integradora del narcisismo primario ha sido Jaques Lacan.

Este autor correlaciona la dimensión unificadora del narcisismo primario con los fenómenos propios del estadio del espejo. Para Lacan en este estadio la imago especular da consistencia al infante, lo organiza, lo estabiliza ortopédicamente a la par que lo aliena al dador de esa imagen, a esa otredad donante. Este magno acontecimiento, inserto en la etapa pre edípica freudiana es, en la teorización lacaneana, ya un primer tiempo del Edipo. Es el otro primordial quién lo posibilita promoviendo una subjetividad incipiente en aquel que puede integrarse en función de una imago. En este movimiento subyace un tercer protagonista, desconocido como tal por el infante pero presente en la escena materna. Si así ocurre la madre no opera sólo en su nombre sino que lo hace también en el Nombre del Padre. Se establece una escena en la que coexisten dos participantes. Uno de ellos se sostiene en el otro y ese otro en un tercero que se encuentra fuera de cuadro. Lacan, en su teorización sobre el Edipo, recién ubica en el tercer tiempo del mismo el pleno efecto subjetivante que ejerce la función simbólica en el niño. En ese tercer tiempo el Edipo es un operador cultural que delimita espacios subjetivos y asigna roles con mayor o menor grado de conflictividad psiconeurótica. Las estructuras propias de las psicosis y las neurosis narcisistas anclan sus orígenes en aquellos procesos propios del narcisismo primario que no logran consolidar una identidad básica y no pueden ser resignificados desde la función simbólica emergente a través del Edipo.

Lacan, al enlazar el narcisismo primario con el primer tiempo del Edipo, expande la capacidad explicativa de este último concepto. Al ubicarlo entre los 6 y 18 meses no sólo entra en su dinámica el armado fantasmático inconsciente propio del niño sino que también hace intervenir la fantasmática inconsciente propia del imaginario materno. Las fantasías resultantes son instituyentes y operan en la mente del niño desde el terreno inter subjetivo. En ese registro, el inter subjetivo, incide a su vez el código prevalente en la pareja parental, condicionado a su vez por el código y las tradiciones epocales prevalentes. La realidad psíquica se construye en un registro ampliado. Tanto el deseo, de

cuño freudiano, como el deseo de deseo, de origen hegeliano-lacaneano, resonarán en los procesos analíticos en intersección con otros factores propios de la subjetividad en análisis. Esta complejidad hace más fascinante a la tarea analítica en la medida en que recorre diversidades propias de más de una estructura psicopatológica-caracterológica posible.

Cuando un concepto psicoanalítico tiene diferentes capas de sentido en su articulación significante aumenta, por ello, su dimensión heurística. Esta dimensión sostiene creativamente la labor interpretativa del analista en atención flotante, sin memoria ni deseo, sostén del vínculo transferencial.

Klein fue la primera autora psicoanalítica que pensó al Edipo desde una dimensión temprana. Lo hizo empleando sus propias categorías teóricas. Ubicó al Edipo temprano en el terreno de la posición depresiva. Posición esta que surge en el segundo semestre de vida e implica complejos procesos de integración, de ansiedades concomitantes y de defensas específicas. La teoría Kleiniana se centra en el mundo interno, en la fantasía inconsciente y en las relaciones de objeto que sostienen a esa realidad psíquica. Para la escuela inglesa esa realidad psíquica se expresa en transferencia. Bion, con su concepción del “reverie materno”, reformula la noción de fantasía inconsciente kleiniana. La fantasía deja de ser correlato directo del instinto. La piensa como una capacidad psíquica ordenadora que opera mentalmente cuando se ha producido en la psique del infante, bajo el influjo de la ensoñación materna, una transformación de los elementos beta (tensión sin significado) en elementos alfa (partículas de sentido a correlacionar). Esta transformación permite que una incipiente función alfa comience a poblar la mente infantil de contenidos míticos indispensables para que el aparato para pensar pensamientos prosiga en su tarea de correlación de sentidos. El Edipo, a partir de Bion, implica necesariamente al vínculo K.

Freud, Klein, Lacan, Bion nos han provisto de recursos conceptuales para procesar la tarea clínica. La multiplicidad de sentidos que se ordenan en torno al concepto edípico permiten que cada analista elija en su tarea, siempre renovada, un atractor específico (conjunción de múltiples factores) que lo ayude a interpretar el basamento psicosexual que sostiene la subjetividad de un analizando siempre singular.